

Sí, ¡gran Señora! nos has buscado como Madre, con tu amorosa visita veniste á darnos vida, y vida con abundancia: has sido para nosotros un perenne manantial de consuelos, gracias y auxilios. ¿Qué te resta? sino que completando con nosotros la obra que comenzó tu elección, nos bendigas mientras vivimos en la tierra, entre tanto llega el día feliz en que continuemos en el cielo las alabanzas que te son debidas, y que allí han de cantarse eternamente.—ASI SEA.

SERMON

QUE EN LA FESTIVIDAD DE

NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE

PREDICO EL 12 DE DICIEMBRE DE 1839
EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE GUADALAJARA

FR. MANUEL DE SAN JUAN CRISOSTOMO

(EN EL SIGLO D. MANUEL NAJERA)

Et radicavi in populo honorificato.

Me arraigué en el pueblo que Dios
ha honrado con su protección.

Cap. XXIV, v. 16 del Eclesiástico.

¡Maria de Guadalupe!..... ¿Quién de nosotros al oír ese nombre dulce, ese nombre que paladeó nuestros labios en los días hermosos de nuestra inocencia, cuando toda la naturaleza se sonreía en nuestro derredor, quién de nosotros, digo, no siente palpitar su corazón, conmovido al cúmulo de ideas que nos asaltan, de religión, de piedad filial y de ternura? ¿Quién de vosotros no se ha trasportado en espíritu conmigo á la montaña de Tepeyac? ¿Qué vemos allí? ¿Qué escuchamos? ¡Salud, montaña sagrada, salud del cielo para tí! puesto que tú eres el trono elegido por la doncella, bajo cuyas plantas nueva vida y nuevo esmalte hermosearon los lirios y las rosas que ta-

pizaban las montañas de Nazareth: mas dichosa que el Hermon, la gloria descende á sentarse sobre tus haldas, ya que tu humilde cumbre no sube como la cabeza del monte de la tribu de Issachar, á esconderse entre las nubes; más hermosa que el Carmelo, ¿qué importa no se te vea tachonada con los hilos de cristal, en que se reparten las aguas que emanan aquí y allí con abundancia en el monte de la Siria, y á poca distancia de su origen se deslizan por entre guijas, forradas del musgo y del hisopo? ¿Qué importa que en tus entrañas no hayan los siglos cavado las cavernas venerables, que se estremecieron asustadas al oír los oráculos de los profetas, ni los robles, contemporáneos del diluvio, alternados de las bayas, cortajados de los pinos, formen aquellos bosques, donde se ha encerrado tantas ocasiones el eco del Ángel del Dios de los Ejércitos; si semejante al Tabor, la Madre de aquel Hombre, que allí descubrió visiblemente su Divinidad, en tí manifiesta un rasgo de aquella gloria que disfruta en el trono que posee en la Jerusalem triunfante? En efecto, un nuevo Tabor se descubre en la altura de esa colina, cuya memoria está identificada con la de sucesos indelebles en la de los mexicanos. Desde allí las familias que dieron el nombre, que aun conserva toda la nacion, contemplaron la hermosura del valle, en el que no hallaban sus ojos curiosos un rincón que les fuese de asilo para reposar de sus fatigados y largos viajes: desde allí observaron el aguilá que parada sobre un nopal, les convidaba á que cesasen de su peregrinacion, segun la supersticion de los augurios les daba á entender: desde allí, al extender la vista sobre la laguna, encontraron el signo que se habian figurado en la imágen del astro que pacíficamente preside á la noche, de que algun día serian señores del imperio que empuñaban los Teochimecas, donde quedaron sepultadas la civilizacion y la cultura de los Tultecas, junto con la raza que llevó ese nombre: desde allí contempló admirado Cortés la grande ciudad que creyó ver brotar de entre las aguas que la rodeaban, y pensa-

tivo permaneció allí, sin encontrar aun ni en su grande valor poder, ni en su grande talento medio para enarbolar el pendon de Castilla sobre el palacio de Moctezuma: desde allí Sandoval, á manera de un leon que parece descuidado de la presa y entregado al descanso del que no despierta, sino para sacudir de cuando en cuando sus melenas, amenazó por mucho tiempo á la ciudad de los aztecas, cuyo término estaba decretado por el Dios que no muda sus consejos; y desde allí saltó sobre la presa, rugiendo furioso al tiempo de asirla; y allí sí, en Tepeyacac, fué donde en un templo erigido á la madre de los dioses de la mitología mexicana, el diablo adorado en ella, se hubiera embriagado en la sangre de millares de victimas (1), si pudieran henchirse sus deseos de maleficar á la raza, cuya madre sedujo en Edén. ¿Y allí estás tú, Virgen Madre de la inocencia y de la verdad? ¿Allí tú, hija santa de David, flor del vástago de Jesé, consuelo del anciano Jacob, esperanza de todas las naciones? ¿Allí tú?..... Pero, ¿será en efecto, la Madre de la gracia, que venció á la serpiente, ensoberbecida por el triunfo que obtuvo sobre la madre de todos los vivientes? ¿Qué será lo que México atónito, no acaba de creer? ¿Quién soy yo para tal visita, pregunta, como en otro tiempo Isabel, la madre del Bautista? ¿Y quién es ésta, que, como nube trasparente y parda, no sube de los desiertos, sino baja de los cielos, derramando los aromas de la mirra y del incienso, para colocarse tan bella y tan gallarda en el Tepeyacac yermo y abandonado, por el hedor con que la sangre humana, derramada sobre las aras de los ídolos ha corrompido aquel lugar hasta ahora, de espanto y de horror? *Quae est ista?* ¿quién es esta? Es, dice una voz misteriosa, desde la soledad de Pathmos (2), es la grande señal que apareció en el cielo; es una Mujer vestida del sol, humilladora de la luna, que oprime bajo de sus plantas, y reina de las estrellas que coronan su ca-

(1) Torquemada. Monarquía Indiana., libro 10. cap. XXXI, pag. 290.

(2) Apoc., cap. XII, v. 1.

beza; es una Madre que ha estado clamando como adolorida, al dar á luz el fruto de sus entrañas: una Mujer fuerte, en cuya busca corrió un horrible y bermejo dragón con siete cabezas y diez cuernos, y esas cabezas coronadas con diadema, para devorar al Hijo, á quien habia dado la existencia; á un Hijo que volaría hasta el trono de Dios vivo, huyendo ella á la soledad, donde tenia su lugar preparado por Dios.

México al oír esta revelación, no obstante que comprende que otro ha sido el objeto con que se comunicó al Evangelista, quien sabe que analogía encuentra entre ella y sus circunstancias, y vé lo que ya conocia, que, la intercesión de la Madre de Jesus, le dió el sér de la gracia; que ella es la vencedora de su idolatría, consagrada con particularidad á diez monstruos, pues tantas eran las principales y antiguas divinidades de Tenoxtilan (1),

(1) Huitzilpósti, que era el Marte mexicano; Paynal, Texcatlipoca, que era otro Júpiter; Tlaloclamacaxqui, otro Neptuno; Quetzalcoatl, el dios de los vientos; Chicomecoatl, otra Ceres; Centeotl, otra Cibele; Tzapotlatena; Chachihuitlyegue, otra Juno; Acolteutl, que era la Venus de los mexicanos. Tantas eran las principales divinidades que adoraba ese pueblo, segun el P. Fray Bernardino Sahagun, como es de verse en las páginas de la I á la 16 del tomo I de su historia, publicada en México por el Sr. D. Carlos Maria Bustamante. Cierto es que aquel escritor concede (pág. 3) los primeros honores de la oligarquía celestial á las mujeres que morian de parto y eran llamadas Chihapipli, y en ese caso las principales deidades de los mexicanos no tenían número conocido. Mas el P. Sahagun se corrige á sí mismo de la liberalidad que manifestó en su primera clasificación, pues en el cap. XXX del libro 6 nos dice, que así esas mujeres como los guerreros que morian en batalla, iban indudablemente para los mexicanos á habitar la casa del Sol, que era la mansión de los bienaventurados, segun el mismo escritor en el Ap. del libro III, pág. 261 del tomo I. Esa eterna felicidad, cosa muy diversa es de la deificación. Los mexicanos no se cruyeron ciertamente menos capaces que los romanos para hacer dioses de los hombres, de ellos ya buenos, de ellos ya malos, como leemos en Torquemada, en Sahagun y los demás historiadores de nuestras antigüedades. Mas no fueron á la verdad tan lujosos y pródigos en el uso de ese poder celestial como los descendientes de Rómulo, pues con más modestia que éstos, se circunscribían á conceder tan altos honores á solo hombres extraordinarios, memorables por su beneficencia, y que hubiesen existido en tiempos tan atrás, que ninguno de los vivientes pudiese desmentir la divinidad por sus recuerdos. Las ceremonias de los romanos, descritas por Herodiano en el libro IV de sus historias, eran un verdadero apoteosis, idea que en manera alguna cuadra á las que hacian los mexicanos con sus Chihapipli, y refiere el mencionado padre en el lugar ya ci-

sostenida por siete de los soberanos (1) que dominaban al país de Anáhuac; se cree ya dichosa en el Santuario del Santo de los Santos, y para cerciorarse más de que el Tepeyacac es la soledad escogida por la Madre del Cordero, pregunta de nuevo, *quæ est ista?* ¿quién es, pues, esa Mujer, á la que el sol forma trono, la luna escabel, los ángeles peana, la luz viste con los colores del arco iris, y las estrellas adornan sembradas sobre el manto tornasol del verde de la mar y del azul apacible del cielo que recaman en señal de vasallaje? Es, dice la voz del Esposo (2), es Sulamatis, la más hermosa de las mujeres, la flor del campo y lirio en las cañadas; sus ojos amables, pacíficos é inocentes como los de la paloma; su cabeza poblada de incientes y negras guedejas, parece asemejarse al rebaño de cabras, cuando unidas trepan por Galaad, y son vistas resplandecer de léjos; sus mejillas, brillantes con el rojo de la granada; sus lábios, cintas son teñidas de escarlata; su cuello de marfil, erguido

tado. Ningun templo se les erigia, ningun ara se les levantaba, ninguna invocación se les dirigía. ¿Dónde, pues, está aquí la protesta de servidumbre al supremo dominio, que es lo que constituye el culto á la Divinidad!

(1) Cuando los españoles vinieron al país de Anáhuac, la division política de él, segun Clavijero en el lib. I, tomo I, pág. 27 de la edicion italiana de Cesena, era en cuatro reinos, el de México, el de Acolhuacan ó Tezcoaco, Tlacopan ó Tacuba, y el de Michuacan; y en tres repúblicas, la de Tlascalalan, la de Cholollan y la de Huejotzingo. Además de éstas, Lorenzana en la pág. 8 para las advertencias á las cartas de Cortés, numeras las de los Mathlatzings que estaba situada en el valle de Toluca, siguiendo en esto la autoridad muy respetable de Cortés, que en la tercera carta, pág. 264, número 53 (en la edicion mexicana de 1770) habla de esa república como de un Estado soberano é independiente, pues en el reinado del último Moctezuma habia recobrado su antigua y total libertad, negándose á pagar el tributo á que estaba obligado desde 1477, en que el rey de México Ajacitilo lo venció, mas no lo sojuzgó á su dominio como es de verse en el mismo Clavijero, pág. 241 del mismo tomo. Ocho, pues, eran los Estados de Anáhuac; mas de ellos solo siete, aunque reunidos en intereses políticos, estaban hermanados por un mismo culto, y eran esclavos de un mismo género de idolatría. Los tarascos de Michuacan lo eran de otro género de religion falsa, pero no tan impia, y su rey nunca se descalzó, lo que era entre ellos signo de inferioridad, ante alguno de los reyes de México. Siete, pues, eran los Estados soberanos que adoraban unos mismos dioses en Anáhuac. Véase la idea de una nueva historia general por el caballero Boturini, pág. 29 del catálogo del Museo hist.

(2) Cantares, VI, 12.

y airoso, como la celebrada torre que David fabricó, rodeada de armadura sin cuento, y de escudos innumerables de guerreros; es mi hermana, es mi esposa, cuyas palabras son un panal que se derrama de sus labios; la leche y la miel en su lengua tienen su asiento; del Líbano ha bajado; mas la fragancia de sus vestidos, no es la de la acacia, del cinamomo ni del aloe de ese monte: ha bajado del Líbano para coronarse, ejerciendo su señorío sobre la cumbre de Amanná, la cima de Sannir y de Hermon, para vencer á los leones y á los leopardos, que han intimidado á las nuevas ovejas del rebaño, que le he dado. *Que est ista?* Es tu Madre ¡oh México! óyelo de los labios mismos de la Esposa del Rey de los siglos y de la inmortalidad, que lo dice al dichoso hijo tuyo, en quien tú estás simbolizada al darle las rosas que ha de enseñar como prenda de la voluntad que tenía de que allí se le edificase un templo, en el que, invocada por los mexicanos, derramaría un torrente de piedades, para que donde abundó el delito, sobreabundase la gracia (1).

Al recordar esas tiernas palabras de la Reina de los cielos y de la tierra; al figurarnos aquel espectáculo todo divino, ¿quién no cree oír el cántico eterno de virtud y de gloria que entonan los espíritus cuya Princesa es, y al que responde el himno dulce de alegría, con que la naturaleza loa á su amable Soberana? ¡Y quién no suspira por la suerte del humilde Juan! ¡Ah! ¡si nosotros hubiéramos sido testigos!..... Pero ¿qué envidiamos? ¿Qué nos falta? Su imagen pintada por el cielo, quedóse en medio de nosotros; desapareció de la cumbre del Tepyacac MARIA, y nos dejó, lo que nadie se hubiera atrevido á desear y mucho menos á pedir: la prueba más eficaz de su amor, la prenda más cierta de su protección. Hállase, como una madre, rodeada de todos sus hijos; está al frente de un pueblo, por cuya salvación ha rogado tantos siglos; está siendo el centro de la piedad de una

(1) Estrella del Norte de México, por el P. Francisco de Florensis, pág. 14. Apologías de Uribe y de Alcocer.

iglesia que le debe los cuidados y favores de una predilección muy notable; arraigóse profundamente en el pueblo que Dios ha protegido, en la iglesia que de él se ha formado, para que entrase en la herencia del Hijo de Dios y de María: *Et radicavi, etc.*

Tal ha sido la creencia de los mexicanos por tres siglos: colmados de beneficios del Señor por todo ese tiempo, las oraciones de María son para ellos la fuente de tanta bondad.

Felice yo, y más felice que Moisés, pues hablo á un pueblo más agradecido; felice, pues que cuando os vengo á decir: *Mementote diei hujus*, acordaos de aquel día, no es para poner ante vosotros sucesos que hayais olvidado, sino más bien como intérprete de vuestros corazones, me presento á congratularme con vosotros, por los beneficios con que María ha probado haberse arraigado por su amor, en un pueblo por ese hecho glorioso, ya que la estrechez del tiempo no me permita el repetir, como desearia, las misericordias del Señor, en haber dado á María por protectora de la iglesia mexicana, que es su herencia: *Et radicavi, etc.* Ambas circunstancias que hacen nuestra gloria: mas contentémonos con recordar la de México como nación que existe por la protección de la Madre de Dios.

Este es el día que el Señor hizo para nosotros, y nuestra alegría será completa si tú, Madre del bello amor, Madre de la sabiduría, si tú colmas la esperanza que en tí tengo puesta, para cumplir el día de hoy con mi misión; tú que llamas á cuantos se hallan presos de tu amor, para saciarlos de tus dulces frutos, héteme aquí; el que te busca, jamás tendrá de que avergonzarse. ¿Me dejarás confundido, cuando invoco por tu intercesión la gracia, esa gracia de que estuviste llena, porque el Señor estuvo contigo, haciéndote la bendita de entre todas las mujeres, por haberte dado por fruto de tus entrañas, á Jesús tu Hijo? ¡Dios te guarde!

ILLMO. SEÑOR. (1)

La sabiduría y el poder del Excelso, del único que existe por sí mismo, abrazan el universo de uno al otro extremo: imponen una ley inevitable á toda la naturaleza, para que cada una de sus criaturas marche por el sendero que el dedo del Omnipotente le ha designado, y todas se encuentren en el punto adonde deben reunirse para completar los designios que su Autor sobre ellas ha formado; no menos quedan bajo de su mano soberana los séres, en los que ha puesto un espíritu, en el que la libertad existe, porque existe la inteligencia, bien que sobre ellos ejerce su imperio, combinando por un modo soberano, y de consiguiente incomprendible, la eleccion de las criaturas, con la inmutabilidad de sus consejos. *Attin- gít á fins usque ad finem fortiter, et disponit omnia suaviter* (2).

Toda la naturaleza, pues, acompaña á los cielos y al firmamento, cuando cantan la gloria del Señor y anuncian su omnipotencia; y el mundo moral rinde no menos un vasallaje de reconocimiento, á su supremo dominio, admirando en el enlace de los sucesos la accion de la Providencia. Uno es su imperio sobre el orbe de la tierra, que no se conmovirá; pues en ella puso su sôlo, en el que ha reinado, armado del poder y de la fortaleza, *decorem indutus* y donde ha regido á los pueblos con su cetro de justicia y de misericordia.

Colocaos á los piés de su trono y contemplad desde esa altura la sucesion de las monarquías; recorred la série de todas las naciones y vereis que las que existen, lo deben á la misericordia, y las que han desaparecido, se convirtieron en ruinas al golpe de la justicia del Rey de los siglos.

(1) El Illmo. Sr. Dr. D. Diego Aranda, obispo dignísimo de Guadala-
jara, que celebró de Pontifical.

(2) Sabiduría, cap. VIII, v. 1.

El Dios que hizo al hombre sociable, es el Autor de las sociedades, y si cuanto crió, como dice el grande apóstol Pablo, todo está ordenado á un fin (1), y ese fin no puede ser sino la exaltacion de su santo nombre (2), la conservacion de unos pueblos y el exterminio de otros, todo ha concurrido á que el hombre reconozca al Autor de su sér, y busque en él sólo su felicidad. La idolatría, pues, ha provocado la caída de esos grandes edificios de la soberbia humana, de esa Ninive, de esa Tiro, emporios de la riqueza, y en el dia recuerdos de la vanidad; y han precipitado á los famosos imperios de los Asirios, de los Medas, de los Persas y de los Griegos, á caer los unos sobre los otros, despues de haber atraído sobre sí castigos horribles, para quedar de ejemplos de la justicia de un Dios vengador de ella, y celador de su gloria, que no cederá á los ídolos. Mas tambien quedarán otras naciones purgadas por sus desastres, de la contaminacion de la idolatría, para monumentos de su misericordia (3).

Los judíos, esos judíos (4) castigados tantas veces por los Asirios y Babilonios, y vueltos á su independencia é imperio; esos judíos restablecidos por los Persas, protegidos por Alejandro y sus primeros sucesores, por mandarlo así el Jehová, que los habia escogido por su pueblo y herencia, ejercitados por Antioco el ilustre y sus sucesores en la defensa de su patria y sus hogares, y sostenidos por los romanos contra los reyes de la Siria que los querian esclavizar; esos judíos, cuando desconocieron y crucificaron al Justo de Jerusalem, fueron entregados á los mismos romanos sus libertadores, como á instrumento de la venganza divina, que de tal manera exterminó á este pueblo ingrato, que quedasen restos de él dispersos sobre todas las naciones, para que algun dia vengan á llorar á

(1) Rom., cap. XIII, v. 1. Prov., XVI 4.

(2) Prov., XVI 4.

(3) Bossuet. Discurso sobre la historia universal, cap. VII de la segunda parte.

(4) El mismo, tercera parte, cap. I.

la Ciudad Santa al reconocer cual dejaron sus padres al Hijo de Judá, á quien sacrificaron en la ceguedad de su furor (1); y Roma (2), la embriagada en la sangre de los mártires; Roma, la nueva Babilonia, soberbia por sus victorias, orgullosa por sus riquezas, envanecida por su poder, esa Babilonia fué entregada á las manos de los bárbaros, para que entre el fuego y la carnicería reconociese cuanto habia provocado la cólera de Dios á quien habia desconocido, por prostituirse ante las deidades perversas de quienes queria figurarse haber recibido el poder y las victorias; mas esa Roma vió en gran parte á sus hijos conservados del cuchillo que tenían á sus gargantas, porque los juicios del Señor sobre ella fueron de misericordia; queria purificarla, no consumirla; castigarla, no exterminarla; enseñarle una terrible leccion que no habia querido tomar por tantos siglos, y no reducirla á cenizas, para que de ella no quedase sino la memoria (3). ¡Gran Dios! Ambos pueblos debian sobrevivir á su independencia é imperio, porque en el uno habíase ya establecido el centro del reino del Hijo del Hombre, el único que debe subsistir entre la ruina de todos los demás, y el otro vendrá al fin á reconocer á su Príncipe y Libertador que de él habia salido (4). Mas ¿cuáles son tus designios? Si es lícito al polvo y á la nada, preguntar al Omnipotente, ¿cuáles fueron tus designios al conservar las naciones que habitaban esta parte del mundo, que si se estaba oculto á los pobladores del antiguo sus crímenes, no lo

(1) Oseas, cap. III, v. 5.

(2) Apoc., XVII, 6, 18.

(3) San Agustín, de Civit. Dei, lib. I, cap. XXXIV.

(4) San Pablo á los Romanos, XI, 22. Isaías, LIX, 20. Al citar estas sagradas autoridades, lo mismo que la del profeta Oseas, hemos seguido la interpretación de los comentaristas modernos de mejor nota, adoptando esa doctrina, no ciertamente como una verdad dogmática, pues la tradición divina nada nos dice en el caso como advierte Bergier en el artículo *Judios* de su diccionario teológico, sino como una doctrina teológica tal cual lo fué para Bossuet, cap. XX de la segunda parte de la obra ya citada; y para muchos padres y teólogos que pueden verse en el Prefacio á Malachias de la Biblia de Aviñón, y en Calmet comentando al mismo profeta, cap. IV, v. 5, 6, y en Alapide sobre el mismo lugar.

eran á tí, pues todas las cosas están desnudas y descubiertas á tus ojos?

Al oír el susurro de los vientos que conducen las naves de Cortés, al ver en Zempoala á esos hombres vestidos del acero y armados del trueno y del rayo, como lo creyeron las naciones inexpertas ante las que se presentaban; al sentir el fracaso que al desplomarse dió la monarquía de los aztecas, ¿quién no tendría por cierto que en muy breves años la tierra toda no quedase despoblada de esas razas que entónces la habitaban? ¿Quién no temería que todos los indios, devorados por el fuego, sacrificados por el cuchillo y consumidos por la esclavitud, no fuerán debajo de la tierra á confundirse con las primitivas naciones, que en edades muy remotas vivieron en este continente, cuyos monumentos contemplamos, preguntándonos unos á otros, ¿á quiénes habrán pertenecido? ¿Quién, en fin, no vería llegado el momento de que un diluvio de sangre viniese á apagar el fuego de tanto crimen con que se habia insultado al Todopoderoso?

No, nación mexicana, tñ sobrevivirás á tus desastres, y si quieres conocer por qué en tí el Dios terrible de las venganzas hizo que su misericordia sobreabundase á la justicia, vuelve los ojos á Tepeyacac, mira á la Madre de Dios, aun en actitud de rogar por tí, y á ella bendice, porque el castigo de que te hicieron dignas tus idolatrias, no fué cual el de otras naciones, pues te conservó entre las ruinas de tu independencia, te hizo como renacer de nuevo, haciendo retoñar de tí y de sus vencedores un nuevo pueblo, que á los derechos de sus madres reunió la civilización que de una grande nación habian traído sus padres (1); y bendicela, en fin, porque bajo de su manto has crecido y robustecidote hasta poder subsistir por la fuerza de tu vástago, separada del árbol al que

(1) La nación mexicana es una raza mixta, en la que ya se ven mezclados y confundidos los conquistados y los conquistadores... Los mexicanos eran dueños de su suelo, porque lo heredaron de sus madres y de sus abuelas. Manifiesto del congreso general de 1836 sobre los asuntos de Texas.

por tres siglos estuviéste entrelazada. Tu existencia, pues, como pueblo, es debida á la proteccion de Maria, que para hacerte gloriosa se colocó á tu frente, de lo que te dejó en prendas su imagen de Guadalupe: *Et radicavi in populo honorificato.*

La piedad de México, al creerlo así, en nada disminuye el absoluto poder y la augusta majestad del que, como dice San Bernardo, "quiso que todo lo que obtuviésemos fuese por Maria, pues por ella se nos concedió todo dándonos á su Hijo (1);" y si las oraciones de los mártires derramadas ante el altar del que gobierna el universo con cetro omnipotente, fueron escuchadas, como San Juan lo oyó en su revelacion (2); si entonces conoció que el Espíritu Santo descubre á los bienaventurados sus juicios sobre la vocacion de las naciones, de donde se ha de completar el número de sus hermanos, ¿cuánto más escuchará las súplicas de la Virgen, por la que, en la que, y de la que reparó cuanto habia criado (3)? ¿A quién mejor comunicará sus consejos sobre los hijos de los hombres, que á la Eva Santa, que con los dolores de su espíritu dió sér al género humano en el Calvario, dando á la muerte á su Hijo para que á todos nos diese vida (4)?

Al descargar el Dios de las venganzas el rayo de su cólera para arrasar á las naciones de América; al preparar el dardo encendido que debia traer el fuego para consumir tanto crimen, con que la naturaleza estaba envilecida y la divinidad ultrajada, me parece ver á Maria acercarse al trono del que es mayor que Salomon, en esa manera suplicatoria con que se nos dejó representada en su imagen Guadalupana, y más feliz que Betsabé, oye en respuesta de la boca del que dijo y todo fué hecho: "Pide, Madre mia; los pueblos todos de la tierra son tu he-

(1) Serm. de Nativ. Virgen.

(2) Apoc., 6, 10, 11.

(3) San Bern. Serm. Sec. in fest. Pentec.

(4) San Agust. in lib. de Sancta Virginit, cap. VI, tomo VI.

rencia;" y en el momento la misericordia lucha con la justicia en el seno del Eterno, como la vió San Bernardo, y ambas terminan dándose un ósculo de paz, porque la misericordia conservará lo que la justicia castigará sin destruir, y se da luego á conocer á los cielos, que México se verá como en tiempos atrás Judá (1); mas no será exterminado como Gomorra y Sodoma (2), ni destruido para no ser repuesto como Israel (3), porque Maria lo tomó bajo de su proteccion. Resuena entonces en la bóveda del empíreo el himno de alegría, y todos los espíritus entonan: ¿Quién no os temerá ¡oh Señor! y quién no glorificará vuestro nombre? Vos solo sois Santo, y todas las naciones vendrán y se prosternarán á vuestra presencia, porque vuestros juicios se han manifestado (4). Entonces el ángel protector de México (5) se acerca al altar, se postra para adorar los juicios del Dios de justicia, y bendecir la misericordia del Salvador de Israel; ruega de nuevo por su pueblo, suplica, insta, porque la nacion que haya de castigar á los mexicanos, sea una de las que conozcan el santo nombre del Señor; de las temerosas de su poder; de las amadoras de su gloria; de las que no estén contaminadas con las ideas que harian abortar muy en breve las herejías que ya amenazaban levantar su soberbia y anárquica cabeza (6); pide, que aun de las naciones que han de permanecer dentro de la arca de salvacion, lo sea una de aquellas en quienes el Evangelio haya suavizado más la fiereza del corazon humano, empedernido por la antigua idolatría; y de ellas, la que menos desastres atraiga con su dominacion sobre México,

(1) 1.º Reg., I, 19.

(2) Gen., XIX, 24.

(3) Oseas, 12.

(4) Apoc. XV, 4.

(5) San Thom. prim. part. ques. 113, art. 8. *Divina judica circa diversa regna, per Angelos excorrendur.* Luis Molina, en la cuestion 113 de la prim. part. leje el catálogo de PP. que enseñan que cada una de las cuestiones está custodiada por un ángel.

(6) Hist. Boel. para servir de continuacion á la de Fleury, lib. CXXV. *Cocleus, de actis et scriptis Lutheri, an. 1517 et seq.*

por su poder, por su cultura y por su amor al orden. El ángel de España, al entender las súplicas de su hermano, se postra para rogar que su pueblo no sea el designado para castigar al ciego é idólatra México: ve que toda la gloria de España se va á eclipsar, manchándose con la sangre inocente de tantos pueblos; ve que los españoles ahorrarán una cadena de hierro sobre el cuello de los americanos, y quedarán ellos cautivos con una de oro; ve, por último, que el espíritu dominante en aquel siglo presidiría la conquista, que á manera de Nabucodónosor, cada conquistador (1) llamará venganza á la defensa de la libertad natural; castigo de la rebeldía, á las escenas sangrientas, en las que no habrá más que furor y frenesí sanguinario; y que envanecida España con sus triunfos, no tendrá, con el tiempo, sino pueblos sin libertad, nobleza sin valor, gobierno sin consejo, riqueza sin costumbres; y que todos esos males le vendrán por la conquista de México.

Si el ángel de Israel, para vencer á su hermano el príncipe de Persia (2) invocó el auxilio del arcángel Miguel, el ángel de México, para vencer á su hermano el príncipe de España, apela á la intercesion de Maria. Ello es hecho, oye patria mia, oye el ruido de las olas que azotan inútilmente los once pequeños bajeles que á quinientos ocho soldados conducen salvos para desmoronar tu imperio, encadenar tu libertad y vengar al Dios del

(1) Carácter de un conquistador. Bossuet, política sacada de la Sagrada Escritura, lib. IX, art. 2, prop. 3.

(2) Daniel, X, 13. Sigo en la inteligencia de este texto el sentir de San Jerónimo, en la explicacion del profeta (cap. XI) dirigida á Pamachio y á Marcela. San Thom. quest. 113, art. 3 de la prim. part. San Gregorio allí citado, y los demás PP. que de la materia han hablado, interpretaron en este sentido al santo profeta. No obstante, no ha faltado quien haya entendido en el príncipe de los persas al ángel malo porque influía en Cambises, gobernador del reino por ausencia de su padre Ciro, para que impidiese la restauracion del templo, no consintiendo á los judíos volviesen á Jerusalem. Amat abrazó el parecer de los primeros y el P. Scio el de los segundos en sus respectivas traducciones castellanas. El P. Carriéres en la suya francesa, y ya tambien española por estar traducida en la Biblia de Vencé tomó este segundo rumbo.

universo de los ultrajes que has hecho á la razon, y de los crímenes que has cometido contra el cielo en tu bárbara idolatría. Mira, se acerca el momento en que los que te predicaron en el siglo primero el Evangelio, que no quisiste escuchar, te anunciaron (1) como castigo de tu infidelidad y de tu obstinacion. ¿Qué podrás tú oponer, patria mia, en tan grande conflicto, á un Hernando Cortés, á un Pedro Alvarado, á un Cristóbal de Olid y á un Gonzalo de Sandoval? ¡Grandes guerreros! Quisiera yo que la admiracion que me arrancan vuestros talentos, vuestro valor y vuestro heroismo, no estuviese mezclada con el horror que me causa el veros opresores de mi patria. ¡Ojalá que por el bien de ella, y por vuestra gloria, tú, Alvarado, no te hubieras dejado devorar de la sed del oro, que tantas veces te hizo cruel y desapiadado, esforzándote á desmentir la gentileza de ánimo y la hermosura de cuerpo con que te habia regalado el Dios de la naturaleza; y en tí, membrudo y esforzado Olid, un corazon perverso y carácter sombrío no hubiese oscurecido tu valor; y tú, ¡noble Sandoval! ¡leal, humano y desinteresado Sandoval! no hubieras empleado tu corta, pero ilustre vida, en hazañas más dignas de tí, que la usurpacion de un imperio y la devastacion de un pueblo! ¡Oh y si tú, Hernando Cortés, si tú, hombre sin igual en la historia moderna, no hubieras puesto en tu corazon la perfidia junto al valor, la avaricia junto á la magnanimidad, la ambicion junto al talento del gobierno, y la tiranía junto á la modestia y la humanidad (2)! ¿Pero en qué me ocupo? Mexicanos, ya no existe vuestro imperio; entonal sobre la antigua ciudad las canciones con que Jereñas lloraba la desolacion de su Jerusalem, talada por una nacion robusta y antigua, cuya lengua no entendia,

(1) Historia antigua de México, escrita por D. Mariano Veyla, y publicada en esta por el C. F. Ortega, del cap. XV al XX. Crónica de San Agustín en el Perú, con sucesos ejemplares de esta monarquía, por Fr. Antonio Calancha, lib. II, desde el cap. I y pág. 399, hasta el cap. V y pág. 344: ítem cap. XIX, pág. 414.

(2) Bernal Diaz, cap. 205. Olavijero. Hist. Ant. lib. 8.

que vendría de lejos á castigar sus prevaricaciones (1).

El cadáver ensangrentado, que apenas tiene restos de la majestad de Moctezuma (2); Tenoxtitlan ardiendo en llamas, que no pueden apagarse apenas sin sofocarse con los torrentes de sangre que corren por sus calles (3); Guatimozin tendido, sufriendo heroicamente el tormento que le dió la avaricia para descubrir los tesoros (4); los mexicanos y tlaxcaltecas, arrancados de sus hogares y entregados en esclavitud á los encomenderos (5), ó llevados á centenares de leguas para ayudar á la opresion de los pueblos que aun quedaban libres (6): todo este cúmulo de males ha traído la cólera de Jehová, para ahogar en ellos al monstruo de la idolatría. Mas en medio de todos, la misericordia del Señor temple la justicia, y entre los rigores que ésta ejerce, se ven cumplidos los designios de aquella á favor del pueblo mexicano.

La suerte de él en manos de cualquiera otra de las naciones de Europa hubiera sido más desventurada; recorred rápidamente el estado de esa Europa en el siglo XVI, y encontraréis conmigo que México mucho tiene por que bendecir á Dios de que no hubiera sido otro el instrumento de su castigo y la maestra de su civilizacion. La Francia (7), ocupada toda en suscitarse querellas que hubieran sido ridiculas si no hubiesen costado la sangre de tantos hombres, empobrecida con sus empresas caballerescas con que traía en agitacion á la Italia, no podía mandar expediciones sino semejantes á la de Cartier sobre Canadá

(1) Cap. V, v. 15, 16, 17.

(2) Bernal Diaz, Cap. CXXVI. Sahagun, 23.

(3) Bernal Diaz, cap. CLVI. Clavijero, lib. 10.

(4) Torquemada, parte primera, cap. CIII del lib. 4.

(5) Bartolomé de las Casas, publicado por L'orente, opusc. 5, cap. V. art. 1. pág. 1, hasta la 57 del tomo 2.

(6) Cavo, libro 1. n.ºm. 36. en sus Tres siglos de México durante el gobierno español, publicados por D. Carlos Maria Bustamante.

(7) Guicciardini, lib. 3.º, pag. 149, en su hist. escrita en italiano, de los principales sucesos acaecidos desde 1494 hasta 1532. Monseñor Paulo Giuvo de Como, en los libros 44 y 45 de su obra intitulada: *Segunda parte de la historia de su tiempo*, impresa en Venecia en 1560. Ambas obras se hallan en la biblioteca de la Universidad.

en 1523, y la de Laudunier en 1562 á la Florida (1). ¿Cuál fué el resultado de una y otra agresion? El primero arranca con engaño, del país, á toda la familia del cacique Donacona, y se la lleva á perecer á Europa; inunda la tierra de sangre; en nada mejora la suerte de los indios; nadie les predica el Evangelio (2), y cuando ya no puede subsistir con los despojos de esos miserables, los deja sin gobierno, con su antigua idolatría, errantes y despavoridos; y cuando ellos comienzan á organizar de nuevo su sociedad, entónces aparece de nuevo la miserable expedicion de Cartier, y en pos de él Roberbal (3), que parecia traer la sola mision de consumir las razas pobladoras del país, para trasplantar colonias europeas; y la Luisiana no hubo de la Francia por entonces más que nombres de su lengua, despojos en las haciendas y carnicería en la vida de sus pobladores.

La Italia era más bien un campo de batalla y un teatro de amañes secretos que un estado constituido: atravesada por conquistadores casi al mismo tiempo vencidos y vencidos: amenazada por la ambicion de los que simultáneamente la querian hacer su presa, apenas tenia vida para existir (4). La Suiza, reconcentrada en sus montañas, era demasiado pobre para emprender, y demasiado rústica para civilizar á otro pueblo. La Prusia, apenas arrancada de las tinieblas del paganismo, no podía ciertamente llevar á tan distantes regiones la antorcha de la verdad. La Polonia sobresaltada con la mala vecindad de los turcos (5). La Suecia tutorada por la Dinamarca (6), y esa Dinamarca gimiendo miserable, exhausta

(1) Ensayo cronológico para la hist. de las Floridas por D. Gabriel de Cárdenas, págs. 18, 24 y 46.

(2) P. Carlos Chaumier en su *América Cristiana*, primeras páginas.

(3) Relacion del tercer viaje de Jacobo Cartier, incluida en la relacion de Prevost.

(4) Sib. 22 urbana. Raf. Volaterram.

(5) Volfang. de reb. Turer Bassiliac, 1568, fol. 280. *Joannis Cuspiniani de Caesaribus atque imperatoribus Romanis, opus insignis, Frankfurti, MDCL.* pág. 423. En la biblioteca de la Universidad.

(6) *Joann Magnus, Gothorum Suecorumque hist. Rom. 1554*, lib. 24. Jac. Thou. hist., lib. 1.

bajo la tiranía de Cristiano II, á quien las crónicas llaman el Neron del Norte, ¿qué podían hacer (1)? Bajad de allí otra vez al centro de las naciones europeas, y hallaréis á Margarita de Austria (2) apenas pudiendo sofocar la anarquía, que por todas partes renacía en los Países Bajos; y la Guayana assolada, y el Brasil casi destruido por los holandeses (3), no hace suspirar por un mejor estado ni mayor poder por entónces para las provincias unidas; veréis en la Bohemia (4) no bien apagado el fuego que le habian pegado las herejías de los Husitas, y al imperio ocupado todo en mantenerse en equilibrio á cada vaiven de los que le hacían experimentar los golpes ciegos que le daban, la aristocracia que sostenía á la herejía para conquistar la oligarquía absoluta ó independiente, y la oligarquía que aspiraba al poder de la monarquía, y la herejía, que al destruir el culto de la verdad, causaba la ruina de los desgraciados pueblos (5): en las islas británicas, á (6) Escocia, devorada por divisiones que comenzaban en la familia real de los Stuartos, y bajaban hasta las infelices clases de la sociedad, con lo que se abría brecha á la usurpacion intentada por Enrique VIII, y á la herejía para que completase la destruccion de la antigua Calidonia, cuya independencia espiró con Jacobo V, cuya dignidad se eclipsó con Maria entre las garras del verdugo, y cuyas esperanzas murieron con Carlos I en un patíbulo (7): no resta en esas islas sino la

(1) *Hist. de gent. Septentrionalib. auctore Olo Mogno*, (hermano del ya citado), Romae 1560, pág. 277. En la Universidad. Com. Jac. Ziegleri, in tom. 3. reg. germ. 1518. En la misma biblioteca.

(2) Couronne Margarithique par Jean le Maire de Bruges. Lyon, 1549, pág. 213. Florentini Vander Haer de initiis tumultum Belgicorum, libri duo, libri 1, pág. 1 á 15. Universidad.

(3) Reflexiones imparciales del Abate Nuix, part. 3, ref. 3, pág. 244. Historia de las guerras del Brasil por Fr. Jacobo de Santa Teresa, en italiano. Roma 1698, pág. 26, 43 de la segunda parte.

(4) Coclarius, *Hist. Hussitarum*, pág. 242.

(5) Raynaldus *Annales Ecclesiae ad an 1809*, núm. 35. Sleidan. *De statu religionis et republicae Germanorum sub Carolo V*, pág. 1, 2, 5.

(6) *The History of Scotland* by W. Scott., cap. XXII y XXIII.

(7) *The History of England* by John Lingard, Charl. I.

Inglaterra ó el Portugal en el continente. ¡Oh Virgen Madre de Dios! ¡Cuánto te debe México por haberle librado de caer bajo el poder de los Enriques, las Isabelas, los Jacobos y los Carlos! La América británica no fué sino la area que el cálculo muchas veces recorrió, empapándola en sangre para cebar la codicia del comercio. Raleigh fundó la colonia de Virginia, sin haberla pisado bajo el mando de Laon (1), y los comerciantes de Bristol y de Plymouth, dieron ser á la nueva Inglaterra, que les regaló, sin ser suya, Jacobo I. ¿Cuánto más no tiene que horrorizarse la humanidad al volver la vista á los países septentrionales de la América? Los ingleses en la Virginia, dice un protestante, cuya autoridad en el hecho para nadie puede ser sospechosa, determinaron extinguir la raza de los indios, sin perdonar al jóven ni al anciano, juraron no dejar salvo á ninguno, olvidaron todo principio de buena fe, de honor y de humanidad, vieron como legítimo todo lo que contribuía á saciar su venganza; fingieron falsamente la paz, para caer de repente sobre sus miserables poblaciones y pasar á cuchillo á cuantos pudieron haber á las manos, acosando á los fugitivos de los bosques, persiguiéndolos en caza como á fieras, hasta el infeliz y artificioso Oppechanceanough, el amigo de los ingleses, fué asesinado traidoramente por ellos (2). No es otro el cuadro que se nos presenta en las colonias establecidas posteriormente.

¿A dónde están en las riberas del Ouabache y en las del Meschasebé (3), las cabañas de sus antiguos habitantes? ¿Qué peste dejó aquellos bosques sin alguno de los cazadores salvajes que los colonizaban? ¿Por qué jamás

(1) *The History of America* by William Robertson, pág. 205, núm. 22 de la edicion de Philadelphia de 1821, tom. 2.

(2) *Idem. ibid.* pág. 224.

(3) Chucenon, nombre que los indios daban al Ohio, segun el *Atlas historique* par Guandeville, publicado en Amsterdam, 1721.

Meschasebé nombre antiguo del Mississippi, segun Chateaubriand en su *Atala*, en el prólogo.

se ve á la muchacha de color de bronce sentada bajo de los sauces, llorando sobre el túmulo de sus abuelos?

La nacion, esa grande nacion que actualmente cultiva esos terrenos, ¿es acaso el fruto dado por la sangre anglo-sajona ingerta á la de los cherokees y á la de los illineses? Es ciertamente una planta exótica trasladada de Europa, que se ha alimentado con el jugo de una tierra, cuyo riego fué la sangre del inocente y cuyo beneficio los cadáveres de tantas tribus asesinadas. ¡Dios terrible! ¡Padre de todos los hombres! tú no bendecirás por largo tiempo esa prosperidad.

Mas no os imaginéis que la presente de que disfruta esa nacion, debida á la prudencia con que se ha manejado despues de su independencía, huyendo de toda innovacion, respetando la propiedad y acatando la moral, le fué concedida en el tiempo en que la Inglaterra extendia su imperio hasta la region de nuestros orgullosos vecinos: en medio de nuestras desgracias, México era tal vez menos desventurado; el americano anglo-sajon fué un inglés por la ley en el hecho: el humilde criado de una compañía mercantil privilegiada, el americano México-español, era por la ley un castellano, y en el hecho un vasallo de la corona: el hijo del inglés vivia sujeto por algun tiempo á la ley marcial, el peor de todos los despotismos, y el hijo del español tenia sus tribunales, dondequiera conservaba las formas salvadoras de la inocencia, la santidad de las leyes: el norte-americano pasaba la vida en los principios, en la triste alternativa de una opresion impia, ó de una anarquía horrible, y el mexicano experimentó á veces los cuidados de un gobierno paternal, y lo más del tiempo, las dulzuras de la paz le consolaban en alguna manera de los trabajos y humillaciones que por otra parte le afligian: los hijos de los colonos británicos no recibían de Europa generalmente, sino hombres á quienes la Inglaterra vomitaba y no podia sufrir por corrompidos, mientras que los hijos de los españoles hallaban en la raza misma de sus opresores protec-

cion y defensa en los sentimientos que inspiraba la religion á los Casas, á los Silvas, á los Minayas, á los Zumárragas, á los Garcés y á otros muchos. En el Norte América habia tiranía, porque ese era el gobierno establecido por la legislacion de la junta directora mercantil, y sostenido despues por el consejo del rey: en México la habia porque las leyes no eran obedecidas: en Norte América los intereses del aventurero eran la ley; en México el aventurero se sobreponia á la ley: en el Norte la esclavitud no tenia limites, sino posteriormente á la sombra de la libertad en las formas: en México sin ella se gozó, aunque pocas veces, de la realidad, cuanto podia existir en una colonia. Los males que nos agobiaban, agobiaban igualmente la cerviz de nuestros vecinos; si nosotros éramos victimas del monopolio de la nacion conquistadora, nuestros vecinos tambien lo eran de su avara metrópoli: si nosotros allende los mares teniamos que recibir á los hombres que ejercian cualquiera género de autoridad, otro tanto sucedia á nuestros vecinos; si una parte de nuestra poblacion estaba sujeta á tributos, los norte-americanos todos á contribuciones directas que se entablaron desde muy al principio: si aduanas se impusieron á los norte-americanos, si esacciones, con el título de donativos ó préstamos en la última época nos empobrecian, esa plaga no faltó á la nacion limítrofe; si el mexicano no heredaba de sus padres sino los vicios de la riqueza, y no recibia bastante educacion para conservarla ó adquirirla, y nunca se le colocaba en un círculo de accion é inteligencia en el que pudiera perfeccionarse, el inglés-americano, aun en el centro de su gobierno y comercio, no recibia sino las lecciones del desarreglo moral que traen consigo las riquezas, y no experimentaba de la civilizacion otro movimiento, que el que lo conducia á la mollicie, al orgullo y á la ociosidad: y si nuestros ayuntamientos, las únicas corporaciones que tenian una tintura de nacionalidad, nada podian hacer en favor de los que se creían sus representados, sin esperar la apro-

bacion de mil y quinientas leguas, los norte-americanos no estaban mejor servidos por sus congresos, pues ni tenían libertad para deliberar sin dependencia del gobierno, ni poder para efectuar las deliberaciones más benéficas sin obtener el *hégase* del consejo del rey en Londres; y por último, si al mexicano no le era permitido ni quejarse de sus males, ni suspirar por un mejor estado para su patria, el anglo-americano también estaba condenado á besar la cadena que arrastraba (1). Rio Janeiro (2), siglo y medio estuviste como olvidado de tus dominadores; y tú no debiste á Portugal en los siglos XVI y XVII lo que nosotros á nuestra metrópoli. ¿Pero qué veo en tí? Tus aguas de color de sangre, á la manera de las del Ontario y el Potomac: veo tus antiguas poblaciones abandonadas, lo mismo que fué la de Quebec: veo tus tribus errantes y dispersas, como sucedió á las de Saturiba el cacique de la Florida (3). Cabral fué para tí lo que Cartier, lo que Laudunier, lo que Laon para las naciones que sojuzgaron. Tal ha sido el sistema de la sábia pero cruel, pero ambiciosa, pero avara Europa con todo el Nuevo Mundo. ¡Gran Dios! apiádate de él, y ya que por tu misericordia nos librate del poder de su autoridad, libranos del de su fuerza y astucia. ¿Y no ha sido éste un nuevo favor de María?

El mayor sin duda que á un pueblo se puede hacer, si como vemos por las Santas Escrituras, la dominacion de los extraños, por suave que sea, es el castigo más terrible con que Jehová hace entender á Israel que no debe adorar dioses ajenos, y á las naciones todas, que él solo

(1) Cuanto se ha dicho por el gobierno inglés consta de todo el libro IX ya citado de Robertson, de la obra intitulada *Historical Geography of Guthrie*, London 1812, pág. 888 y la muy bella *Life of Patrek Henry*, by W. Ware New-York 1831, pág. 51, y en otros muchos lugares de ella, y de la declaración de independencia, que está al frente de la edición mencionada de Robertson.

(2) La obra ya citada de Prevost, I, 6, cap. IX, 1. Ensayo de la historia civil de Buenos Aires, por D. Gregorio Funes, tomo I, pág. 338.

(3) Ensayo cronológico á la historia de la Florida por Cárdenas, pág. 46. Librería del Seminario.

es el Dios verdadero. ¡España! México no es injusta contigo, si encadenada á tí se mira como tu esclava..... Tú le hiciste grandes bienes, es verdad; no creas que entre ellos numere yo, como emanado de tí, el de la propagacion del Evangelio; eres demasiado católica para esperar que semejante blasfemia se profiera por la boca de quien sabe como tú, que si tus hijos fueron los que anunciaron la verdad, su mision fué toda celestial, celestial el mérito que contrajeron, y del cielo, no de Pablo que planta ni de Apolo que riega, es el incremento que tiene el árbol de la Cruz en la tierra predestinada, no por los hombres, sino por el Excelso, segun los consejos de su misericordia; deja, pues, que México haga lo que tú, bendiga el apostolado de sus primeros padres en Jesucristo, y no se cuide de la patria en que nacieron para el mundo. Mas tú le diste la más abundante, armoniosa y digna lengua de cuantas la Europa habla: tú le comunicaste una literatura la más filosófica, la más rica, la más bella de todas las de las naciones modernas: tú le abriste la puerta á las ciencias, que en el siglo XVI te eran amigas y familiares, tanto cuanto no lo eran á pueblo alguno, de los que ahora brillan más que tú en la carrera del saber: tú hiciste con México, lo que muy tarde y muy mezquamente hicieron la Inglaterra y la Francia, y no muy temprano el Portugal con sus conquistas (1); abriste colegios,

(1) Ni la Francia, que ningun cuidado se tomó de la civilizacion de sus colonias, pues la que tuvieron fué debida exclusivamente á los misioneros, como vemos en la obra citada del P. Chalmier: *El Nuevo Mundo ó la América Cristiana*, publicada en 1659; ni el Portugal que por siglo y medio vivió con un total abandono el Brasil, como leemos en la Enciclopedia británica, en el artículo correspondiente á esa colonia; ni una ni otra nacion, pues, pretenderán el emular á España en los cuidados que se tomó para civilizar con la ilustracion las tierras que le fueron ganadas por Cortés y sus soldados. La Inglaterra, que hizo más en lo particular con sus colonias que la Francia y el Portugal, se quedará muy atrás si aspira á alcanzar en esta gloriosa carrera á la España, en lo que ésta hizo, así por su gobierno como por las corporaciones que de su seno desparachaban con aquel noble fin, al país recién conquistado. Al tratar de esta cuestion seguiremos, como lo hemos procurado, en cuanto hemos hablado, las huellas de Robertson en el lugar tantas veces mencionado, esto es, nos ocuparemos ante todo en examinar la Virginia y la New-England, así porque estos establecimientos